

Víctima: Vicenç Nicolau Marí
Autoría: Joana Nicolau Servera

Estimado abuelo Vicenç,

Esta carta me da la extraña oportunidad de hablarte como si estuvieras aquí presente; y digo extraña, porque lo que hemos tenido siempre con nosotros ha sido **tu ausencia**. Una ausencia que ha marcado nuestra vida, la de mi abuela Joana, la de mi padre, la de mi hermana Lita y la mía.

Ya sólo quedo yo, pero estamos aquí para mantener tu recuerdo vivo, el cual quiero transmitir a mis ahijados.

Porque no te olvidaremos mientras yo tenga aliento, porque tu hijo te buscó hasta el último día de su vida, y porque me pidió que yo continuara.

Y porque mereces justicia. Te segaron la vida con 36 años, con una hija de ocho años y un hijo de once meses. Porque tu mujer, Joana, tuvo que luchar a solas para sacarlos adelante, despachando en una tienda, si había algo para despachar, o si entraba alguien, que a veces dejaba a deber, pero era incapaz de no dar un pedazo de pan a quien pasaba hambre.

Y, ¿por qué?

Eras un padre de familia, a quien le gustaba leer, y que quería lo mejor para todos. Trabajabas en el manicomio de Palma, haciendo mantenimiento, y querías que todos los trabajadores tuvieran derechos.

He tenido que leer en los papeles de tu causa palabras como: *individuo peligroso, agitador, cabecilla...* y lo único que encontraron en tu casa fue un artículo de Largo Caballero y unos diarios «extremistas», que ni cogieron para llevarlos al juez.

La abuela me dijo que uno de los guardias civiles que te vinieron a buscar le dijo: «A tu hombre le han deseado mucho daño». Incluso, él encontró que era una injusticia... sí, las guerras son injustas, pero son los hombres quienes son crueles, y todavía hoy tenemos de esos individuos que creen que su pensamiento es el único que es correcto, que quien no piensa como ellos, habla como ellos, respira como ellos, no merece estar aquí. Sí... y ahora los votan. Tal vez convendría leer estas historias, las reales, las que cuesta contar porque hacen daño al corazón y al pensamiento.

Ella te vino a buscar a Can Mir, en los papeles ponía que el caso estaba sobreseído, que te tenían que dejar marchar. Pero no estabas. La abuela chilló, ella sabía lo que esto significaba. Lo acompañaba su sobrino Toni, sólo tenía quince años y lo dejó marcado.



Cómo dejó marcada la vida de tu hijo, del que puedes estar muy orgulloso; fue un gran hijo y un gran padre, hace dos años que nos dejó. Y yo lo añoro. Y pienso... qué duro debió de ser para él no tenerte a su lado.

Pero yo estoy aquí, y continuaré buscando justicia para ti, para él, para ella. Cómo me hubiera gustado conocerte. Seguro que me habrías contado historias, como la abuela, que yo le hacía repetir una y otra vez, aunque me las sabía de memoria.

Hemos ido a la fosa de Porreres porque pensamos que podrías estar allí. Si te encontramos, te llevaré cerca de tu hijo.

He tenido que oír que por qué se destinan recursos a buscar gente que ya no está, que esto es remover el pasado, que no lleva a ninguna parte... ¿ignorantes? Pero me quedaré con la frase de una desconocida que estaba a mi lado: «Yo, aquí, no tengo a nadie, pero todo el mundo tiene derecho a saber donde están enterrados los suyos».

Estimado abuelo, yo también estoy orgullosa de ti, por ser una persona honesta y por pensar en los otros, por ser plural, por ser democrático y siempre lucharé contra estos intolerantes fascistas que pisan a los otros.

Esta carta me ha removido por dentro, por ti, por lo que significó para mi padre, por mi abuela, por tu hija, por tus nietas... Y puedes estar bien seguro de que tu legado vive en mí.

Tu nieta,

Joana Nicolau Servera